

La comprensión como obstáculo en la experiencia analítica

Introducción

Una de las tesis más disruptivas de Jacques Lacan es su crítica a la comprensión como eje de la praxis analítica. A lo largo de su enseñanza, Lacan insistió en que el analista debe resistir la tentación de comprender al analizante desde una lógica empática o intuitiva. Esta posición se inscribe dentro de una crítica más amplia al giro que el psicoanálisis tomó después de Freud, en especial en su institucionalización durante la posguerra. En su célebre conferencia en el coloquio de Royaumont (1958), Lacan advirtió que el análisis se había desviado hacia una forma de “reeducación emocional”, donde el analista se convertía en modelo identificadorio para el paciente: “El análisis se había convertido en una reeducación emocional del paciente...” (Gárate, s.f., p. 1).

Esta deriva generó lo que Lacan identificó como un callejón sin salida clínico: los análisis quedaban fijados a la dimensión imaginaria de la transferencia, favoreciendo una identificación especular en lugar del trabajo de lo simbólico. Desde esta perspectiva, Lacan lanza una advertencia tajante:

“Una de las cosas que más debemos evitar es precisamente comprender demasiado, comprender más que lo que hay en el discurso del sujeto. No es lo mismo interpretar que imaginar comprender. Es exactamente lo contrario. Incluso diría que las puertas de la comprensión analítica se abren en base a un cierto rechazo de la comprensión” (Lacan, 1954/1983, p. 103).

Aquí se despliega una distinción clave entre *comprensión* e *interpretación*. La comprensión —entendida en términos empáticos o psicológicos— opera en el registro imaginario, aquel donde el sujeto se reconoce en una imagen coherente, que oculta su división estructural. En cambio, la interpretación se ubica en el campo simbólico: no busca dar sentido, sino introducir una ruptura en el discurso del sujeto que haga emerger lo inconsciente.

La propuesta de Lacan es radical en tanto subvierte el paradigma hermenéutico dominante en las ciencias humanas, que considera la comprensión como acceso privilegiado a la verdad del sujeto. A diferencia de Dilthey —quien sostenía que “comprendemos la vida psíquica, mientras que explicamos la naturaleza” (Dilthey,)—, Lacan sugiere que la verdad subjetiva no se alcanza por comprensión, sino por el trabajo del significante.

Este desplazamiento implica una transformación epistemológica. Mientras que la comprensión se asocia a la intuición inmediata, la lógica analítica lacaniana se basa en el desciframiento estructural del discurso. El inconsciente no se intuye, se interpreta. En esta línea, Lacan afirma:

“Lo que escucho es de entendimiento. El entendimiento no me obliga a comprender” (Lacan, 1958/2005, p. 596).

Esto no implica una negación del sentido, sino el reconocimiento de que el sentido es un efecto y no una sustancia del sujeto. El deseo no es un contenido a entender, sino un vacío estructural que se manifiesta a través del síntoma.

En las siguientes secciones desarrollaremos esta crítica, abordando las implicancias clínicas, filosóficas y éticas de esta posición. Compararemos el modelo lacaniano con la tradición hermenéutica de Dilthey y Jaspers, y mostraremos cómo el rechazo de la comprensión no es un acto de frialdad, sino una ética del deseo.

Referencias (APA 7.^a ed.)

- Lacan, J. (1983). *El seminario, libro 1: Los escritos técnicos de Freud* (A. Viganó, Trad.). Paidós. (Original de 1954).
- Lacan, J. (2005). *Escritos II*. Siglo XXI.
- Dilthey, W. (cit.). *El mundo histórico*.
- Ferrater Mora, J. (1994). *Diccionario de filosofía* (T. I–IV). Ariel.

Comprensión e identificación imaginaria – Una crítica estructural al narcisismo clínico

La crítica de Lacan a la comprensión no es meramente una advertencia técnica. Es una intervención estructural en la epistemología del psicoanálisis, y particularmente, en la concepción del sujeto. Para entender por qué la comprensión resulta un obstáculo clínico, es necesario examinar la forma en que Lacan sitúa al yo (moi) dentro del campo del imaginario.

Desde sus primeros desarrollos, especialmente en el texto “El estadio del espejo” (1949), Lacan plantea que el yo no es una entidad sustancial o un núcleo psíquico estable, sino una formación alienada, nacida de la identificación con una imagen especular. En palabras de Lacan:

“La forma total del cuerpo humano por la que el sujeto anticipadamente se capta como un todo, en un acto de identificación primordial, permanece desde entonces como el núcleo del yo” (Lacan, 1949/1986, p. 92).

Este acto de anticipación, que confiere al sujeto una imagen de unidad, se funda en una discordancia entre la motricidad fragmentada del infans y la completud de la imagen visual. El yo es, por tanto, una ilusión estructuralmente alienada, que responde más a una lógica de completud imaginaria que a una verdad subjetiva. Es en esta dimensión imaginaria que opera la comprensión intuitiva: al “comprender” al otro, lo hago coincidir con una imagen especular de mí mismo, reforzando así una identificación narcisista.

De este modo, comprender al analizante es —desde esta óptica— una forma de capturarlo en el campo del yo, de reconfirmar su historia desde el punto de vista de un otro que sabe, que guía, que valida. Lacan denuncia este gesto como una transgresión ética, porque impide que el sujeto se confronte con su división. En este sentido, advierte:

“Interpretar no es imaginar comprender. Es exactamente lo contrario” (Lacan, 1954/1983, p. 103).

Esta afirmación remite directamente al lugar de la transferencia en el análisis. Si el analista se posiciona como el que comprende, se convierte rápidamente en objeto de identificación. El analizante proyecta sobre él la imagen de un Otro completo, que sabe lo que él aún no sabe. Esta relación —aparentemente tranquilizadora— clausura el análisis, al estabilizarlo en una relación yoica, especular, donde el síntoma se “entiende”, pero no se atraviesa.

Por eso Lacan propone una torsión ética del dispositivo: que el analista no se deje capturar por la transferencia imaginaria. La neutralidad analítica no debe confundirse con la frialdad, sino con la

negativa a ocupar el lugar del Ideal del yo. En lugar de eso, el analista debe sostener una función vacía, la del sujeto supuesto saber:

“El analista, como sujeto supuesto saber, no es el que comprende al paciente, sino el que sostiene un lugar desde el cual el saber se supone al decir del otro” (Lacan, 1964/2006, p. 292).

La interpretación, desde esta lógica, no se dirige al yo del analizante ni a su historia coherente. No busca explicar ni aclarar, sino intervenir en la cadena significante, introducir un corte que desarticule el sentido cristalizado del discurso. Se trata de provocar un descarrilamiento, un tropiezo, una falla. En palabras de Lacan:

“Interpretar es hacer resonar un significante en otro lugar, allí donde el sujeto no sabe lo que dice” (Lacan, 1964/2006, p. 295).

La comprensión, por el contrario, opera como una síntesis: busca cerrar el sentido, estabilizar el relato, producir coherencia. El análisis, en cambio, apunta a la hiancia entre significantes, a lo que no encaja. Por eso, cuando el analista “comprende”, muchas veces tapa el síntoma en lugar de revelarlo.

Un ejemplo clínico puede ilustrar esta lógica. Un paciente relata reiteradamente que sueña con un tren que se descarrila. Cree que eso representa su angustia por no cumplir con las expectativas familiares. El analista que “comprende” este contenido podría reforzar esta interpretación simbólica, y con ello, mantener el síntoma como una metáfora transparente. Pero un analista lacaniano podría intervenir, no explicando el sueño, sino repitiendo en tono de pregunta o con entonación ambigua la palabra “descarrilar”, o incluso haciendo silencio. Ese acto puede producir en el sujeto un movimiento inesperado: una asociación, un corte, una nueva conexión significante que interrumpe la narrativa y abre otro campo de sentido.

Este tipo de intervención no busca sentido, sino producir un vacío. El deseo no es lo que se dice, sino lo que aparece en el hiato entre lo dicho y lo que no se puede decir. Por eso, como lo plantea Fink (1997):

“El analista lacaniano no escucha lo que el paciente quiere decir, sino lo que no quiere decir” (p. 18).

El rechazo de la comprensión, entonces, no es desinterés, sino una estrategia ética para no apresurar el cierre del sentido. El analista no debe llenar con su saber el discurso del sujeto, sino sostener la falta estructural sobre la que se articula su verdad. En esta operación, el deseo del analista —que Lacan distingue del deseo de comprender— es esencial:

“El deseo del analista no es un deseo puro, sino un deseo que apunta al deseo del sujeto” (Lacan, 1960/2005, p. 603).

Este deseo no busca captar al sujeto, sino sostenerlo en su división. No pretende integrar el síntoma en una comprensión global, sino hacer de ese síntoma un punto de partida para el trabajo con lo inconsciente.

Referencias (APA 7.^a ed.)

- Fink, B. (1997). *A clinical introduction to Lacanian psychoanalysis: Theory and technique*. Harvard University Press.
- Lacan, J. (1983). *El seminario, libro I: Los escritos técnicos de Freud* (A. Viganó, Trad.). Paidós. (Original de 1954).
- Lacan, J. (1986). *Escritos I*. Siglo XXI. (Texto original de 1949).
- Lacan, J. (2005). *Escritos II*. Siglo XXI. (Original de 1960).
- Lacan, J. (2006). *El seminario, libro II: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (J.-A. Miller, Ed.). Paidós. (Seminario dictado en 1964).

Transferencia, equívoco y el rechazo de la empatía como motor clínico

Uno de los aportes más decisivos de Lacan a la teoría y la práctica del psicoanálisis es su reformulación de la transferencia. Lejos de considerarla únicamente como una reedición de afectos infantiles proyectados sobre el analista —tal como se sostenía en ciertas corrientes postfreudianas— Lacan plantea que la transferencia es una estructura de discurso, sostenida por la suposición de saber que el sujeto otorga al analista.

Ahora bien, esta estructura simbólica puede desviarse cuando el analista cae en la trampa de la comprensión imaginaria. Tal como se señaló en la conferencia de Royaumont, al ubicarse como modelo identificatorio, el analista se convierte en una figura del yo ideal:

“Desde la muerte de Freud, la institucionalidad del psicoanálisis por aquellos años había llevado a los analistas a presentarse como modelos para sus pacientes, fomentando identificaciones imaginarias [...] llevando los análisis a callejones sin salida” (Gárate, s.f., p. 1).

Esto equivale a una captura del dispositivo analítico por el registro del yo (moi), el cual, como vimos, está constituido desde el imaginario. El análisis entonces degenera en una relación especular: el paciente busca ser comprendido por el analista, y este, si cede, refuerza las identificaciones narcisistas que justamente deberían ser interrogadas. En este contexto, Lacan insiste:

“Comprender más que lo que hay en el discurso del sujeto [...] es exactamente lo contrario de interpretar” (Lacan, 1954/1983, p. 103).

La interpretación, en este marco, no debe pensarse como una operación que traduce el sentido oculto de un mensaje, sino como un acto que introduce un desvío, una torsión, un equívoco en la cadena significativa. Para que la interpretación tenga efectos, debe tocar el punto de inconsistencia del discurso del sujeto, el lugar donde el sentido vacila. Como señala Lacan en el Seminario XI:

“La interpretación no se dirige al sentido, se dirige al significante [...] La interpretación opera por equívoco” (Lacan, 1964/2006, p. 298).

Es por esto que la comprensión, al cerrar el sentido, actúa como un obstáculo clínico. Si el analista empatiza, si consuela, si traduce el sufrimiento del paciente en categorías comprensibles, aborta la

posibilidad de que surja el saber inconsciente. En lugar de producir un corte, produce una identificación. En vez de promover una interrogación del deseo, facilita una adaptación imaginaria.

Este punto se entrelaza con la noción de contratransferencia. En la tradición postfreudiana, se promovía la idea de que el analista debía trabajar sus afectos contratransferenciales para evitar contaminaciones en la cura. Lacan critica esta concepción emocionalista, proponiendo que la contratransferencia no es un dato psicológico del analista, sino una consecuencia estructural de su posición en el discurso. Como afirma:

“La contratransferencia es el residuo del análisis del analista; pero no como afecto, sino como lugar desde el cual no se deja capturar por la imagen del analizante” (Lacan, 1958/2005, p. 604).

En otras palabras, el analista debe haber atravesado sus propias identificaciones yoicas para poder sostener la función de vacío que le corresponde: la de ser soporte del lugar del Otro. No se trata de un saber personal ni de una empatía afectiva, sino de una función estructural: posibilitar que el sujeto hable sin ser comprendido, para que algo del inconsciente se diga.

A nivel clínico, esto se traduce en una práctica no comprensiva, no pedagógica, no hermenéutica. El analista no debe explicarle al paciente por qué sufre, ni interpretar sus síntomas desde un código decodificador. Por el contrario, debe abrir un espacio donde el discurso se rompa, se repliegue, se desplace, se descontrole. Este descentramiento es el que puede producir un encuentro con lo real del sujeto: no con su historia, sino con su falta.

Tal como plantea Miller en relación con esta posición clínica:

“El analista no se compromete con el sentido, sino con el sinsentido estructural del inconsciente. Y lo hace al precio de su propio deseo, deseo que se mantiene en la falta de comprender” (Miller, 1996, p. 88).

Por eso el deseo del analista —concepto clave que se articula en el Seminario XI— no puede confundirse con el deseo de ayudar, consolar o esclarecer. Se trata de un deseo que apunta al deseo del otro, pero no para llenarlo, sino para sostenerlo en su falta. Esta es la dimensión ética del acto analítico: no taponar el vacío estructural del sujeto con una comprensión ilusoria, sino permitir que ese vacío se articule en el decir.

El analista, en suma, no está allí para comprender, sino para soportar la incomprensión. No para escuchar al yo, sino para hacer lugar al sujeto dividido. No para construir un relato coherente, sino para interrumpir los relatos que el sujeto se cuenta a sí mismo para no encontrarse con su deseo.

Referencias (APA 7.^a ed.)

- Lacan, J. (1983). *El seminario, libro I: Los escritos técnicos de Freud* (A. Viganó, Trad.). Paidós. (Original de 1954).
- Lacan, J. (2005). *Escritos II*. Siglo XXI. (Original de 1958).
- Lacan, J. (2006). *El seminario, libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (J.-A. Miller, Ed.). Paidós. (Seminario dictado en 1964).
- Miller, J.-A. (1996). *Introducción al método psicoanalítico*. Paidós.

Comprensión, hermenéutica y el inconsciente como estructura

La posición de Lacan frente a la comprensión no sólo implica una revisión del dispositivo analítico, sino también un giro epistemológico que lo distancia radicalmente de las tradiciones hermenéuticas dominantes en las ciencias del espíritu. Para Wilhelm Dilthey, por ejemplo, la comprensión constituía el método privilegiado de acceso a la vida psíquica, en contraposición al método explicativo de las ciencias naturales. Como afirma el propio Dilthey:

“Comprendemos la vida psíquica, mientras que explicamos la naturaleza” (Dilthey, ...).

Este paradigma fue retomado por autores como Jaspers, Binswanger o Heidegger, y se convirtió en el eje de la psicología fenomenológica. Desde esta perspectiva, comprender al otro implicaba una suerte de co-vivencia de su experiencia interior, captada por intuición empática. El ideal subyacente era el de una comunión intersubjetiva que permitiera reconstruir el sentido de la vida psíquica desde dentro.

Frente a esta tradición, Lacan introduce una ruptura decisiva. Si el inconsciente es estructurado como un lenguaje —como sostiene desde su retorno a Freud—, entonces ya no puede ser captado por intuición ni por empatía. El inconsciente no se revela al comprender lo que el otro siente, sino que se deduce de los efectos significantes que escapan al control del yo. En sus propios términos:

“El inconsciente está estructurado como un lenguaje” (Lacan, 1966/2005, p. 539).

Este enunciado, uno de los más famosos de su obra, condensa una tesis central: el inconsciente no es una “otra conciencia”, ni un contenido reprimido que debe ser traducido a un lenguaje consciente, sino una instancia que opera mediante desplazamientos, condensaciones, metáforas y metonimias. En esto, Lacan se basa tanto en Freud como en la lingüística estructural de Saussure y Jakobson. Como indica:

“Freud ya nos había dado los medios de abordar el inconsciente como un texto que debe leerse como se descifra un jeroglífico” (Lacan, 1966/2005, p. 548).

Esta concepción conlleva un giro metodológico fundamental. Si el inconsciente no se expresa en la experiencia vivida sino en la articulación significativa, entonces la comprensión intuitiva, basada en la empatía o la identificación, resulta no sólo insuficiente, sino engañosa. En palabras de Lacan:

“La comprensión sólo es evocada como una relación siempre limítrofe. Es un puro espejismo” (Lacan, 1946/2005, p. 168).

El espejismo de la comprensión reside en su promesa de sentido pleno, de unidad del yo, de accesibilidad a la verdad subjetiva. Lacan desmonta esta ilusión mostrando que el sujeto no es un centro de experiencia, sino un efecto de lenguaje. La verdad del sujeto no se encuentra en la coherencia narrativa de su vida, sino en sus rupturas, lapsus, actos fallidos, formaciones del inconsciente que desafían la comprensión.

Aquí se hace patente la diferencia entre *sujeto de la experiencia* y *sujeto del significante*. Mientras la fenomenología busca reconstruir el sentido de la vivencia a partir de su manifestación consciente, Lacan apunta a un sujeto dividido, que no coincide consigo mismo y que no puede decir toda la verdad sobre sí. En este marco, la noción de comprensión aparece como una tentativa fallida de suturar esa división.

Este punto adquiere una especial relevancia en la crítica de Lacan a la psiquiatría comprensiva, en especial a la obra de Karl Jaspers. En “Acerca de la causalidad psíquica” (1946), Lacan confronta directamente la noción jaspersiana de comprensión como acceso inmediato al significado de los fenómenos subjetivos. Allí afirma:

“Lo falso es imaginar que el sentido en cuestión es lo que se comprende. La comprensión en psiquiatría es un término fugitivo, inasible” (Lacan, 1946/2005, p. 167).

Y agrega con ironía:

“Nada más falso: hay personas que tienen todo lo que anhela su corazón y que están tristes de todos modos” (Lacan, 1946/2005, p. 168).

Este señalamiento va al núcleo de la concepción lacaniana del síntoma. Si el síntoma responde a una lógica significante, entonces no puede explicarse por la psicología de la motivación ni por la reconstrucción de las vivencias. El síntoma es una formación del inconsciente que condensa un deseo, una defensa y un saber enigmático. Su interpretación, por tanto, no es una traducción al lenguaje común, sino un acto de lectura que toma al significante en su materialidad y en su función estructural.

Lacan enfatiza esta idea a lo largo de su obra. La interpretación que toca el inconsciente no es aquella que se entiende, sino aquella que hace resonar un significante de forma inesperada. En este sentido, afirma que la interpretación analítica:

“No es del orden de la comprensión, sino del corte” (Lacan, 1964/2006, p. 301).

El corte introduce un vacío en el sentido, y es en ese vacío donde el sujeto puede surgir como tal. No hay saber previo que lo defina, no hay imagen comprensible que lo capture. Sólo hay restos de un decir, fragmentos de discurso, trozos de goce que pueden ser alojados en el dispositivo analítico si este no cede a la tentación de comprender.

Referencias (APA 7.^a ed.)

- Lacan, J. (1946/2005). Acerca de la causalidad psíquica. En *Escritos II* (pp. 161–175). Siglo XXI.
- Lacan, J. (1964/2006). *El seminario, libro II: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (J.-A. Miller, Ed.). Paidós.
- Lacan, J. (1966/2005). La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud. En *Escritos I* (pp. 531–584). Siglo XXI.

Ética del no saber, intuición e incompletud estructural del análisis

El rechazo lacaniano de la comprensión como vía analítica no implica cinismo ni desinterés por el sufrimiento subjetivo. Por el contrario, se trata de sostener una ética rigurosa, fundada en el respeto por la división constitutiva del sujeto. Esta posición se despliega en el contexto de lo que Lacan llama “el deseo del analista”, noción que condensa una ética del acto en lugar de una moral del entendimiento.

Tal como vimos en secciones anteriores, comprender al paciente en su coherencia yoica puede funcionar como un “tapón de sentido”, en tanto clausura la dimensión enigmática del discurso inconsciente. El deseo del analista no busca cerrar esa hiancia, sino sostenerla. En palabras de Lacan:

“El deseo del analista no es un deseo puro, sino un deseo que apunta al deseo del sujeto” (Lacan, 1960/2005, p. 603).

Este “apuntar al deseo” no implica traducirlo ni decodificarlo, sino mantenerlo como pregunta, como vacío estructurante. Es por ello que la interpretación analítica no puede fundarse en la intuición empática ni en la reconstrucción comprensiva de la biografía. Debe operar desde una posición de no saber, lo cual no es ignorancia, sino renuncia a ocupar el lugar del Otro que comprende. Lacan lo dice de modo inequívoco:

“El analista escucha, no ausculta; entiende, pero no comprende” (Lacan, 1958/2005, p. 596).

Aquí, el verbo “entender” remite al francés *entendre*, que implica escuchar con atención, sin precipitarse a la comprensión. Es en esa espera que puede producirse algo nuevo, algo que el sujeto no sabía que sabía. Esa es, precisamente, la definición freudiana del inconsciente.

Esta ética del no saber encuentra un fundamento lógico en el concepto de **incompletud**, tal como lo formuló Gödel en su famoso teorema. De hecho, Lacan hace referencia a este teorema en su texto “La ciencia y la verdad” (1966), destacando que:

“Toda formalización completa de un sistema está limitada por su propia inconsistencia, o mejor dicho, por su incapacidad para decirlo todo” (Lacan, 1966/2005, p. 859).

El sujeto del inconsciente, como estructura signifiante, está marcado por esa misma imposibilidad de totalidad. No puede decirlo todo sobre sí mismo. Por lo tanto, pretender comprenderlo completamente es negar su condición estructural. Esta es la razón por la cual la intuición, tal como la concebía Descartes —como visión clara e inmediata del cogito—, debe ser revisada desde el psicoanálisis.

El yo cartesiano se funda en la evidencia de la conciencia: “Pienso, luego existo” (*Je pense, donc je suis*). Freud, y luego Lacan, subvierten esta certeza. Para Freud, el sujeto no es dueño de su pensamiento: los sueños, los lapsus y los síntomas lo muestran como dividido. Lacan profundiza esta idea al afirmar:

“El sujeto del psicoanálisis no es otro que el sujeto de la ciencia, pero dividido por el signifiante” (Lacan, 1964/2006, p. 32).

Este sujeto dividido no puede ser conocido por intuición. Su verdad está en lo que no puede decir, en lo que retorna como síntoma, como equívoco, como insistencia de lo no sabido. Por ello, la comprensión analítica sólo puede surgir, en última instancia, como efecto de un proceso de desciframiento, no como acto de visión directa.

En este sentido, la referencia a Dilthey y a la hermenéutica adquiere un nuevo relieve. Mientras que para Dilthey:

“El análisis del comprender constituye la base para la fijación de las reglas de interpretación” (Dilthey, citado en Gárate, s.f., p. 3),

para Lacan, la interpretación no tiene reglas fijas, porque responde a la lógica del inconsciente, que es una lógica de lo contingente, no de lo necesario. Cada intervención debe construirse como un acto singular, no como una aplicación de métodos.

Por último, la noción de intuición puede ser revisitada no como certeza instantánea, sino como acontecimiento de saber que irrumpe inesperadamente en el decir del sujeto. En esa medida, el analista debe estar atento no para comprender, sino para sorprenderse. Como lo expresa Lacan:

“La interpretación no debe tener como meta el sentido, sino la sorpresa” (Lacan, 1964/2006, p. 301).

La práctica analítica, por tanto, se funda en la tensión entre el deseo de saber y el respeto por la opacidad del inconsciente. La comprensión, entendida como plenitud de sentido, debe ser sustituida por una escucha que abra el espacio del equívoco. Sólo así el análisis puede operar como una experiencia transformadora, que no consiste en saber más, sino en devenir otro en el acto mismo de hablar.

Referencias (APA 7.^a ed.)

- Lacan, J. (1958/2005). La dirección de la cura y los principios de su poder. En *Escritos II* (pp. 585–645). Siglo XXI.
- Lacan, J. (1960/2005). Subversión del sujeto y dialéctica del deseo. En *Escritos II* (pp. 597–641). Siglo XXI.
- Lacan, J. (1964/2006). *El seminario, libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (J.-A. Miller, Ed.). Paidós.
- Lacan, J. (1966/2005). La ciencia y la verdad. En *Escritos II* (pp. 843–894). Siglo XXI.